


El miedo a perder la vida

El último y más radical miedo de los seres humanos es el miedo a morir, a perder la vida y sus posibilidades. Morir en el sentido de no poder disfrutar la vida y morir en el sentido de desaparecer. Este miedo nos lanza al olvido de todo lo que no seamos nosotros mismos. Nos ensimismamos y nos encadenamos a la propuesta de la serpiente: Cogerlo todo sin pensar en nada más. El Hijo de Dios, sin embargo, no tiene miedo a perder su vida y sus posibilidades, porque sabe que solo el que la entrega en el amor la recupera con creces. Porque el amor es la sustancia de la vida misma, y sin él todo lo que vivimos adolece de intimidad humana y de futuro en Dios (Mt 16, 25). Por eso, Jesús vive para darse del todo, y por eso ha alcanzado la gloria y el poder en la intimidad eterna de Dios.



«Que nada os angustie; al contrario, En toda situación, con oración y súplica, presentad vuestras peticiones a Dios, y dadle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús»
(Filipenses 4, 6-7)

Caminar sin miedo de la mano del Señor



El anuncio del evangelio de Navidad, igual que el de Pascua, comienza con una llamada a superar los temores que nos envuelven. La presencia del Hijo de Dios como *Emmanuel* (Dios-con-nosotros) nos invita a caminar sin miedo y con alegría a lo largo del año. “No temáis, os anuncio una gran alegría que lo será también para todo el pueblo”, dice el ángel a los pastores (Lc 2, 10).

En esta ficha te invitamos a meditar algunos de los miedos más arraigados en nuestro corazón contemplando cómo el Hijo de Dios los ha vencido con su encarnación. De hecho, Dios nunca nos pide algo que no haya realizado Él antes por nosotros. En este sentido, contemplaremos como el Hijo, para encarnarse, ha vencido los miedos que nos paralizan y ahora nos invita a unirnos a Él para superarlos nosotros mismos.

No son miedos que vengan de realidades fantasmagóricas, imaginadas, irreales, sino nacidos de nuestra misma forma humana de ser y relacionarnos, de la realidad de nuestra carne, de la oscuridad que hemos de atravesar para crecer hacia la vida verdadera.

La salvación que nos ofrece la encarnación del Hijo de Dios es, entre otras cosas, la victoria sobre estos miedos. Al vencerlos nuestra vida se libera de aquellas fuerzas que no la dejan expandirse y encontrar su realización plena. Al liberarnos de estos miedos podemos, como dice el evangelio de Lucas del mismo Jesús, ir creciendo en “sabiduría, estatura y aprecio ante Dios y los hombres” (Lc 2, 52).

Así pues, fíjate en tu propia carne y sus miedos y, contemplando la de Cristo, pídele la confianza y la sabiduría para hacer de ella un lugar de gloria como hizo Él con la suya.

En cada uno de estos apartados se muestra una dimensión del miedo que nos paraliza y que Cristo ha derrotado. Intenta identificarlo en tu vida y, contemplando a Cristo, pide su Espíritu para crecer según Él.

El miedo a la dependencia

A partir de un momento de nuestra vida queremos hacerlo todo por nosotros mismos, no depender de los demás, porque esto nos causa la sensación de que no valemos, de que somos inferiores a ellos. El Hijo de Dios, sin embargo, poseyendo la plenitud del poder se hace dependiente de nosotros, en primer lugar de María. La razón es que así suscita en nosotros el movimiento del cuidado, e invita a nuestros poderes a entregarse al cuidado de todos, ya que unos dependemos de otros siempre, aunque no lo queramos reconocer. Aceptar la dependencia es aceptar un mundo llamado a la humildad, al cuidado mutuo.

El miedo a la pequeñez

Este miedo se añade casi siempre al anterior como un efecto perverso. Somos pequeñas criaturas, incluso en nuestras grandezas, pero queremos decir a los demás que somos grandes, poderosos, pues si no es así sentimos que no significamos nada en el mundo. El Hijo de Dios, sin embargo, abandona su grandeza para vivir nuestra pequeñez, para envolver toda la realidad en la gloria del amor, que es lo que realmente le hace grande a Él y hace grande la realidad. La vida solo alcanza su verdadera grandeza cuando en la pequeñez de la vida cotidiana hacemos presente el poder del amor de Dios. Así incluso el barro de la tierra alcanza la altura misma del cielo.

El miedo a confiar en los otros

Como estamos maleados por lo peor de las relaciones humanas, siempre tenemos miedo a confiar en los demás, incluso en los más cercanos, como si ya estuviera dicho que nos van a fallar; miedo a dejar lo que nos traemos entre manos a su cuidado, como si lo fueran a estropear... El Hijo de Dios, sin embargo, se arriesga en su misión y elige colaboradores, aunque alguno le traicione. Lo hace porque sabe que es la única manera de que demos de sí, ya que solo cuando los demás confían en nosotros y nos dejan participar en sus asuntos nos sentimos de verdad valorados. Y Jesús se pone en manos incluso de aquellos de los que no se espera nada: “¿Acaso de Galilea puede salir algo bueno?” (Jn 1, 46).



El miedo a los distintos

Este miedo va de la mano del anterior. Es una forma del miedo a los demás. Como no son como nosotros, como no piensan como nosotros, como no hacen las cosas como nosotros, los miramos no solo como distintos, sino como posibles agresores de nuestro orden e intentamos someterlos a nuestras formas. El Hijo de Dios, sin embargo, siendo tan distinto a nosotros en su ser y en su forma de ser (Is 55, 8) acepta nuestra forma de ser para desarrollar la suya. Él acoge nuestra carne y en ella nos ofrece su riqueza. De esta manera no nos apabulla ni nos menosprecia, sino que valora lo que somos, nos trata como hermanos y enriquece nuestra forma de ser.

El miedo a las ataduras

Otro de nuestros miedos, especialmente actual, es el miedo a sentirnos atados. La razón es que preferimos vivir siempre con la posibilidad abierta de “ir y venir donde nos pida el deseo”. Y aunque somos capaces de hacer cosas buenas y tener buenas relaciones, evitamos el compromiso con causas, instituciones y personas... El Hijo de Dios, sin embargo, se ata a nuestra humanidad de por vida (y de por vida eterna). Su amor se manifiesta en esto, en que define su vida como vida para nosotros, incluso si esto le cuesta. Para Él la libertad consiste en desarrollar las posibilidades que le da el hacerse en cada momento imagen de Dios. A esto se ata de por vida y a esto mismo nos invita.

El miedo a las tinieblas

El miedo a las tinieblas es el miedo al mal que empapa el mundo exterior e interior a nuestras vidas. El miedo a sufrir el desprecio o el abuso de parte de los demás, o a ser marginados... El miedo a que el mal que existe en nuestro corazón se haga uno con nosotros y nos lleve a estropear nuestras relaciones y desperdiciar nuestra vida. El Hijo de Dios, sin embargo, no teme venir a este mundo de tinieblas, sabiendo que tendrá que sufrirlas. Frente a la tentación su corazón se pone en manos de Dios para hacer su voluntad, frente a la oscura violencia de los hombres no se deja arrastrar por el odio y el rencor. “En él -dice Juan- estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Su luz resplandeció en las tinieblas, y las tinieblas no lo vencieron” (Jn 1, 4-5). Él es así la luz para avanzar por la oscuridad de nuestra vida.